

PLASMASIS y el nuevo camino

Dino Carrera

Intentar una definición del contenido de la coreografía contemporánea, obliga de inicio a referirse a la importancia del procesamiento intelectual al que se han visto sometidos los mejores ballets que recuerdo en los últimos tiempos. Sin embargo esta profundización en el argumento es un arma de doble filo. Si se exagera nos daremos de boca con que sobre el escenario no danza, se mueve solamente un abultado tratado de filosofía o historia, con postulados a lo Hegel. En una palabra, literatura.

Plásmasis, primer trabajo del coreógrafo cubano Alberto Méndez, premio a la mejor coreografía moderna en el V Concurso Internacional de Ballet de Varna, Bulgaria, se salva de este peligro de una manera inteligente. Su originalidad reside en el tema. La labor del coreógrafo como libretista fue sintetizar los materiales que encontró sobre el origen y evolución de las especies, para dárnoslos en edición condensada y en danza válida.

En este "pas de deux" encuentro un novísimo aliento y por su intermedio se descubre a un artista de posibilidades, con un amplio vocabulario y gran madurez, cuya indagación en el proceso evolutivo que culmina en el hombre se emparenta con el nacimiento y significado de la filosofía: el hombre interrogándose sobre su origen.

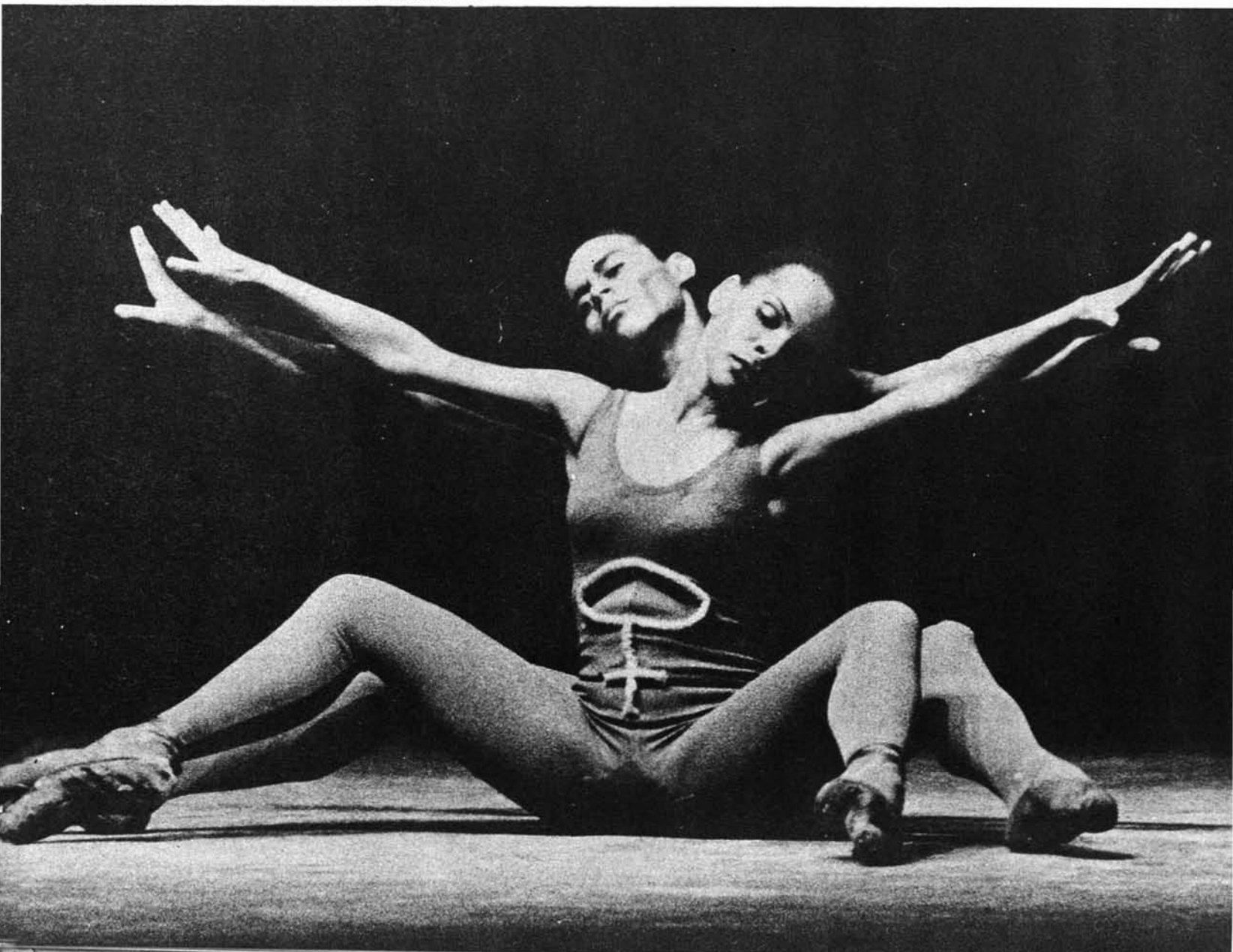
El término con que defino el lenguaje que Alberto Méndez escoge para expresarse es ciertamente paradójico. Yo diría barroquismo sucinto; porque a pesar de que muchos de los movimientos son naturales y nada forzados, su yuxtaposición y algún momento en que los cuerpos se funden uno en otro de manera retorcida y complicada, me dan licencia para usar la tal palabra. Me explico esta característica si pienso en la complejidad del ser humano como individuo, que va siendo mayor a medida que se conoce a sí propio o cree conocerse a sí propio y en la misma sociedad llena de resortes complejos.

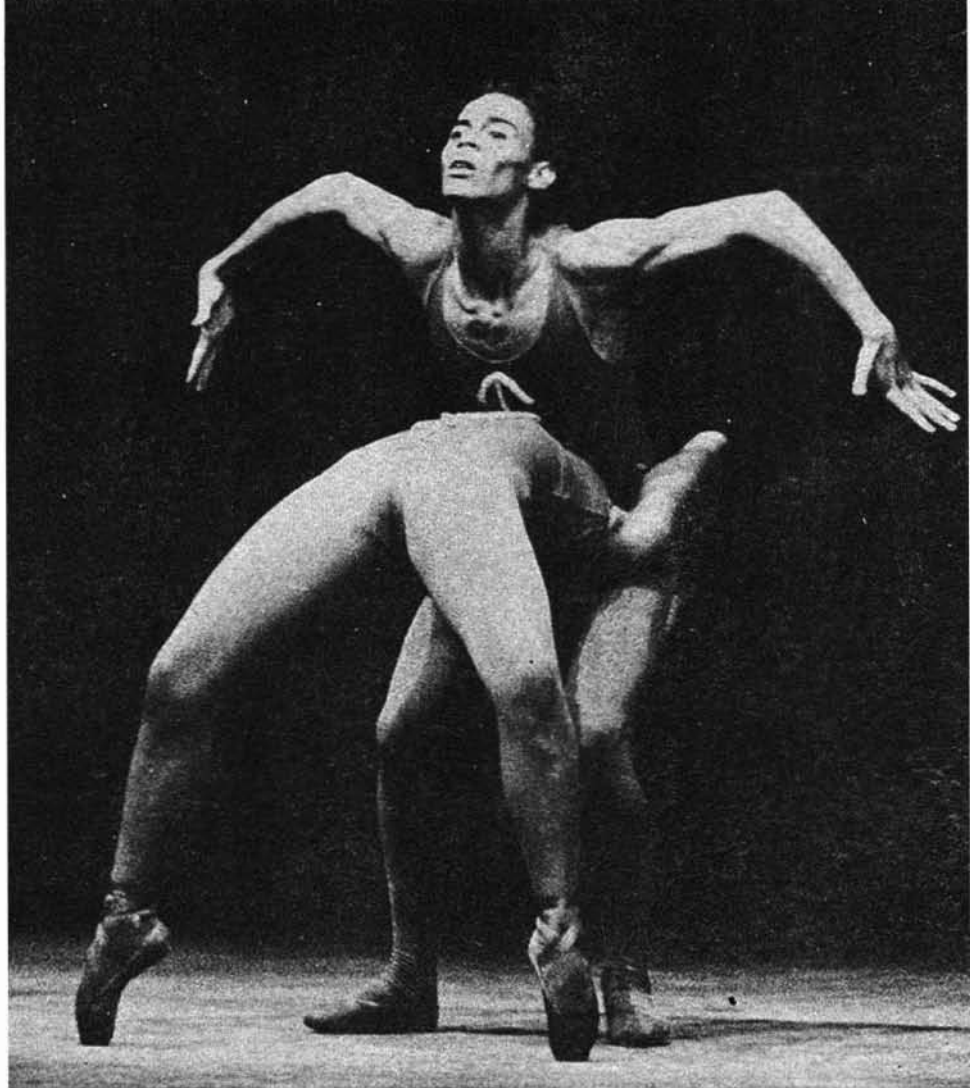
En la disyuntiva principal del artista contemporáneo que se debate entre lo subjetivo de su pensamiento filosófico y lo objetivo de sus problemas como ente social, Méndez adopta una posición que conjuga catarsis y compromiso con la sociedad. Me fue particularmente agradable observar que en la elocuencia de ese barroquismo sucinto, esta obra se alejaba de línea de otros hermosos "pas de deux", los cuales, producidos desde la neurosis, brindan una imagen atormentadora y enajenante del amor. Y es cierto que cada relación amorosa tiene matices enajenantes y que el peso de la sociedad moderna atormenta y conspira no sólo contra las relaciones amorosas sino contra cualquier relación humana. Ahora bien, se hace necesario enfrentar a esta imagen el hecho grandioso de vivir, de ser. Llámese Creación o Evolución, tal fenómeno debe bastarnos para analizar con más optimismo el presente y con ello esperar muchísimo más del futuro. Recuerdo ahora el "pas de deux Agnus Dei" del ballet de José Parés **Bach x 11 = 4 x A**, donde el hombre, en los minutos finales de la obra, arrastra su pareja como una carga. Antes se habían hecho la vida imposible, habían mostrado al mundo la más escabrosa relación. Después de ballets como éste, en-

tiendo por qué pueden gustar al público los "pas de deux" clásicos —las más de las veces frías demostraciones de técnica—. Por eso le agradezco a Alberto Méndez el retirarse a los orígenes y presentar las relaciones primarias sin lastre de complejos, insuficiencias o trastornos de la personalidad.

Plásmasis aparece rodeada de una atmósfera que podríamos llamar espacial. Pero sin trascendentalismos. No hay implicaciones mágicas ni místicas. No suenan trompetas. En medio de un mar primordial y monótono la gota proteínica, origen de la vida, inicia la reproducción por división y los cuerpos remedan una ameba vista por el microscopio. Luego los pasos se encadenan en la evolución y se esboza el pez, el anfibio, el antropomorfo y por fin, el hombre. Ya es la pareja y su toma de conciencia. Saben que están vivos y eso es pensar y se exploran a sí mismos hasta amarse y los gana la nostalgia. Me pregunto hasta qué punto será posible este eslabonarse los sentimientos. Pero quedan muy fijas algunas escenas de indudable valor plástico como el alumbramiento.

Caridad Martínez y Lázaro Carreño en "Plásmasis".





La atmósfera espacial a la que me refería no hubiera podido lograrse sin la música de Sergio Fernández. Tan integrados están música y coreografía que no puedo menos que hablar de una obra en conjunto. La música, caracterizada también por la yuxtaposición de planos sonoros y sobre todo por su incorporación a la danza no sólo en tanto atmósfera sino como fuente de ritmo, movimiento potencial, es algo más de lo que me han acostumbrado a exigir en una música para ballet.

Interpretativamente difícil, esta obra demanda de los bailarines una despersonalización absoluta. Cosa que logran con trabajo la serena Mirta Pla y la apasionada Josefina Méndez.

Esquivel y Orlando Salgado mantuvieron un nivel discreto, confiando en demasía en la expresividad de sus rostros cuando era esto precisamente lo que había que evitar. Alberto Méndez, como bailarín, se mostró muy seguro y profesional, saliéndose del estilo una vez más que otra. Quizás por el hecho de ser la pareja que estrenó el ballet, compuesto especialmente para el Concurso de Varna, la labor de los jóvenes Caridad Martínez y Lázaro Carreño se manifiesta, hasta ahora, como la más acoplada, más en el estilo.

El sencillo vestuario de Otto Chaviano realizado en verde, agrega al ballet un interesante uso de los conocidos símbolos de masculino y femenino.

Plásmasis es el inicio de un estilo personalísimo con el cual habrá de contar la coreografía cubana desde este momento si, como creo, es continuada con dedicación e inteligencia.